

califica la doctrina aglipayana de "herética y contraria a la Iglesia de Jesucristo", cólera incomprensible para quien, teniendo un adarme de razón, se enterase algunas líneas más abajo por testimonio del mismo Vicario haber sido "supina la ignorancia de los primitivos judíos encargados de predicar las patrañas o doctrinas del Cristianismo". ¡Así!

"Nuestra Iglesia, desde su fundación, fué reconocida por el Gobierno de los Estados Unidos de América", escribe el señor Vicario Provincial. Es verdad. Y aun lo debe de ser, según tenemos sabido de fuentes autorizadas, haber un ilustre repúblico de la Metrópoli actual tomado tanta parte en el establecimiento del aglipayanismo, con el propósito maquiavélico de dividir al pueblo Filipino en materias de religión para luego dominarlo con mayor facilidad, que bien pudiera considerársele como su legítimo Fundador.

"Nuestra Iglesia (y volvemos a repetir la cita para completarla, pues merece recorrer el mundo grabado en bronce), desde su fundación, fué reconocida por el Gobierno de

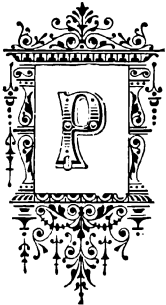
los Estados Unidos de América y por los sabios Obispos Ortodoxos y Franceses (????), etc., que siguen siendo independientes, como lo es nuestra Iglesia Filipina". Si VV. le entienden, coméntenlo. De esa talla, y aun acaso menor, son los directores del cisma del apóstata Aglipay, en cuyas filas no puede decorosamente figurar ninguna persona de mediana ilustración.

Damos nuestra enhorabuena al Sr. Villanueva y le felicitamos por su noble actitud, yá que nos informan haberle visto visitar los pueblos donde ejerció el ministerio aglipayano para recomendar eficaz y sinceramente a sus sencillos moradores la necesidad de volverse a bautizar, porque la fórmula hasta entonces por él empleada dista mucho de ser la recogida por la Iglesia de los labios del divino Redentor. Querer enmendar los propios yerros, signo es inequívoco de honradez.

No es posible poner yá en tela de juicio la realidad del éxodo aglipayano. ¡Tan irresistible es la fuerza atrayente de la verdad!

PAULINO.

EL LIBREPENSADOR



PORQUE, desengáñese usted, vecino; el hombre, para ser feliz, debe ser librepensador.

Yá ve usted. Todos los pueblos del mundo, para ser felices, han tenido que dejar de creer. Si usted cree en algo, yá no es usted libre. Desde el momento mismo en que usted cree una cosa, esa

cosa le domina, le sujeta. Vamos a ver, vecino; ¿es o no libre el hombre? Si lo es, ¿qué libertad será la suya si viene obligado a creer en algo? Esta es la lógica del librepensador.

Porque... dice uno: "Pues, señor; yo veo el mundo y me veo a mí mismo; ¿es preciso que ésto lo haya hecho algun Ser Superior? Si yo no fuese librepensador, necesariamente—fíjese usted bien, vecino, necesariamente—tendría que responder diciendo: "Sí, ésto se debe a un Ser Superior". Pero, ¿no le parece a usted, vecino, que con los avances de la ciencia moderna, esa es una cosa que pronto no se podrá contestar así? Y, vecino, yo no puedo obligarme a lo que estoy seguro que la Ciencia habrá de condenar de un momento a otro. Vamos, en fin... usted yá me comprende, vecino, esas cosas que se le ocurren a toda persona sensata... Y, ahí tiene usted.

Sí, vecino, sí. No crea usted; yo he meditado mucho sobre este punto y me he convencido completamente. Allí, cuando muchacho, sin reflexión, ni estudios, cuando sólo había oído hablar al cura

de mi barrio y a los gandules frailes, también yo era de los que creía en esas cosas; sí, señor; como usted lo oye. Y tuve mis puntos de beato; pero, por fortuna, la Blanca Bandera del Librepensamiento me salvó a tiempo y me resolví a no creer.

Yá ve usted. La libertad de pensar...

No hay más que ver una cosa: Desde que se deja de creer, todo va bien. Se hace usted sabio, sin sentirlo ni quererlo; nadie es capaz de disputarle a usted el título de sabio.

La verdad, convengamos en lo que es la pura verdad.

Eche usted una mirada al siglo. Pasteur... ¡pase!... no le dispueto el título de grande hombre; pero, fuera de ese... Cristóbal Colón para obrar: si descubrió un Mundo Nuevo, ignorado hasta entonces para toda la Humanidad, fué porque creía en ello, estaba obligado a hacer lo que hizo... Vamos, quiero decir, que no tiene ningún mérito... Legazpi y Urdaneta... ¡ps! nada, vecino, nada. Y... ¿quién más? ¡Ah! sí, Gutenberg, pero, de todas maneras, la imprenta... ¡yá la hubiera inventado algún librepensador!

Ahora, me dirá usted que la Civilización de dos hemisferios, que la electricidad con Ampere y Galvani, y la Entomología con Fabre, y, en fin, el gran cable trasatlántico con Lord Kelvin... Sí, señor; todo lo que usted quiera; yo no estoy reñido con la Civilización y el Progreso. Pero, después de esto, ¿qué? Todo eso es pequeño. Nada, nada, nada; créame usted. Usted, es joven, vecino;

pero, vendrá un día en que, por un destello de su inteligencia libre, usted lo verá todo, nada creerá. Yá lo verá usted. ¿No ve usted que yo tengo experiencia? Usted no creerá. El hombre con creencias es un...

Porque, desengañémonos, señor. Si hay cosas que se prueban tan fácilmente... Por ejemplo: el hombre, ese animal descendiente del mono. (No tome usted a mal, vecino, pero la verdadera hermandad entre los hombres consiste en su descendencia de un mismo origen: el Mono). Y ¿quién ha hecho al hombre? ¿Quién hizo al Mono? ¡Ah! la Ciencia es muy sabia: la Ciencia no lo sabe todavía, pero pronto lo descubrirá. Hasta entonces, el Librepensamiento me mantiene libre de esas sueprcherías inverosímiles y de esos fantásticos cuentos... Porque, señor; ¿a dónde iríamos a parar si no parásemos aquí? Bah, eso está claro...

Yá ve usted, vecino; yo que siempre he hecho esfuerzos por ser feliz; que no he hecho mal a nadie; que ni siquiera he matado una gallina porque soy vegetariano; suponga usted que mañana me muero. Advierta usted que yo no he trabajado nunca y por consiguiente no he sido causa de que ningún capitalista cometiese la injusticia de pagarme menos de lo justo; no me he sujetado a ninguna ley ni aún a la de la gravedad; no he creído ni en la muerte... y bien, supongamos, como decía, que mañana me muero, ¿cómo he de creer yo que ha de haber otra vida imperecedera en la que yo, mi alma, o esa cosa que ustedes dicen inmortal, no acabe del todo en el suelo. ¿Para eso me entierran! Pues, ¿no comprende usted?

Mire usted, vecino, hablemos como personas razonables. Yo soy librepensador. Yo no tengo prejuicios. Los he combatido siempre. Yo no creo en nada. Pero, fíjese bien en lo que voy a decirle: No creo en nada, pero creo en que no creo en eso. Usted yá me entiende, vecino. Es muy sencillo: Yo soy librepensador; mi pensamiento es libre; no creo en nada; creo en que no creo nada; no puedo creer que creo algo: soy libre en todo, en mis creencias y en mis incredulidades. ¿No le parece, vecino? Sea usted razonable.

Fíjese usted bien. El hombre procede del Mono; el pensamiento debe ser libre, no debe creer nada. Las creencias aherrojan al entendimiento y le hacen esclavo. La felicidad está en creer que no se cree nada. ¿Ha visto usted qué felices son los ignorantes? La ignorancia es feliz porque no cree nada; no le quepa a usted duda, vecino, no lo es porque nada sepa.

Yo, al ver ese sol que nos ilumina y fecunda el suelo... francamente, le aseguro a usted que...

Y, sobre todo, señor mío, ¿quiere usted que le diga la verdad? Pues, bien; no lo tome usted a mal: el hombre de creencias es un ser que, en mi humilde concepto...

Porque, venga usted acá, criatura, si no hubiera librepensadores, ¿qué sería del mundo? Lo que yo he dicho mil veces: "Basta abrir los ojos para comprender enseguida..."

Y oiga usted, ¿le parece a usted justo que yo, un librepensador, haya de ir después de muerto a otro mundo dejando en éste toda mi pertenencia? Que se me permite siquiera llevar una maleta con lo más indispensable para el aseo. Siquiera éso, señor. ¡Higiene!

Y, por último, ese sol, ese astro vivificador que nos ilumina y fecunda la tierra... Si ese sólo espectáculo basta para convencer...

Y, desengáñese usted que "el muerto... al hoyo". ¡Oh, lo que es esa creencia...! Esa creencia puede tenerla hasta un incrédulo como yo. Créamelo usted a mí, vecino, que soy incrédulo.

¿Cómo! Yo he sido malo, supongamos. Pero, ha habido otros buenos. ¿He de recibir yo un castigo? No, vecino. La maldad de unos hombres se compensa con la bondad de otros.

No puede ser.

Miren usted, hay muchos crímenes que no reciben su castigo en esta vida. Eso es verdad, pero también lo es que hay muchos inocentes que son condenados. La compensación, amigo mío, la compensación de la verdadera justicia. ¿Cómo es posible que después de muerto?... ¡Imposible!

Me parece que ésto no tiene vuelta de hoja. Yá ve usted, ¡la Justicia, amigo mío, la Justicia. Si es lo más... y lo más...

Nada, nada; usted modificará sus ideas, así lo espero y llegará a ser una necesidad para usted y será su consuelo la creencia en el no creer. ¡oh, el librepensamiento!

Un día, al contemplar usted ese bello sol que nos ilumina y fecunda... hará usted sombra. No le quepa duda, vecino. Lo más saludable es la independencia hasta en el vestir.

Y luégo que... nada, que ni los cafres. Estoy por decirle a usted que el hombre con creencias es un... Pero, ¡lo que yo digo alguna vez! El hombre que cree en una cosa tiene que hacer necesariamente esa cosa. ¿No es verdad? Contésteme usted a ese silogismo. Porque yo he leído mucho. Pues, bien; si ha de hacer necesariamente esa cosa, pues "se sigue" que no es libre. Pero, como el hombre es libre por naturaleza... Luego... No hay otra vida. ¿No ve usted qué claro?

El que se contempla a sí mismo, y contempla a un mono y ve esa imagen del hombre (digo, del mono)... ¡Si con eso basta!

Y si ésto no le convence a usted, ¿no le basta pensar que ese sol puro y brillante y el universo todo?... ¡Ah! ¿y las estrellas? ¿Qué poseen más calor que el sol? ¿Usted cree éso? ¡Bah! Usted habrá oído hablar del "mentir de las estrellas"... Sí, usted se convence.

Mire usted, joven: no olvide lo que voy a decirle: algún día me dará usted las gracias por haberle hecho esta advertencia.

El hombre que cree en otra vida y en el premio y en el castigo ese hombre es un... ¿cómo diré yo? Es un... es lo peor... Es un hombre... creyente.

En cambio, el hombre incrédulo, el hombre libre, el hombre capaz de creer que no cree en nada, el hombre, en fin...

Mire usted, para terminar, clarito, ese hombre... démelo usted, a mí. Ese es un hombre verdadero descendiente del mono. ¡Para éso es hijo de sus abuelos! Sí, señor. ¡Vaya!

Yo no tengo creencias, ¡canastos! pero, para algo soy Darwinista. Yo no creo en nada, pero sí en mis abuelos. ¡Canastos! Para algo descendemos de los monos.

¡Oh, los monos! Déjeme de creencias ni de otras vidas. No puede haber vidas futuras. Nos basta con las vidas pasadas: las de nuestros antecesores los Monos. Buenas noches, vecino.

Dr. NEGARREZ.